

Hispania

Archivo Municipal
LÉRIDA

Año I. Número 1.

Boletín Republicano Radical

Lérida 6 de Junio de 1908

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Trimestre, 1 ptas. * Semestre, 2 ptas. * Año, 4 ptas.
Extranjero, precios dobles.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

CALLE DE BLONDEL, NÚMERO 2 - BAJOS

ADVERTENCIAS

No se devuelven los originales. * El director no responde de los trabajos que firman sus autores, aunque sea con pseudónimos. * La correspondencia al Director.

A la Prensa

Cumpliendo un deber de cortesía saludamos á la Prensa en general y particularmente á la de la provincia, de la que queremos ser, dentro de los límites de nuestra orientación, afectuosos compañeros, prontos siempre á coadyuvar á sus legítimas y levantadas campañas en pro del bien y de la verdad.

HISPANIA se complace en creer que los demás órganos de la Prensa, cualquiera que sea su filiación, tendrán en cuenta la sinceridad de estas manifestaciones para otorgarle aquel compañerismo que merecen siempre los que sienten un ideal y lo defienden con mesura y corrección.

NUESTRO PROGRAMA

Los periódicos al nacer tienen en el espíritu de sus creadores una razón, exacta ó equivocada, que justifica ante el público su aparición en la escena política, cualquiera que sea, por otra parte, la doctrina que se propongan defender. Sin motivos que inspiren la empresa, no fácil por cierto, de crear un órgano nuevo de ideas ó de intereses, no hay periódico posible; porque siendo hoy la Prensa la vocera augusta de las íntimas idealidades que agitan confusamente el sentimiento popular, solo en él halla fuentes de inspiración perenne con que animar sus columnas, actuando unas veces de dinamómetro que mide su intensidad, en otras de condensador espiritual de las hondas palpitaciones que le mueven...

Los fundadores de HISPANIA no podían olvidarse de la misión que debe cumplir un órgano periodístico; antes al contrario, seguros de conocerla, buscan exteriorizar el pensamiento político de un partido, recoger las orientaciones de una opinión radical, encauzándola convenientemente, y oponer á los principios solidarios otros menos exclusivistas y más profundamente democráticos.

Acaso se nos diga que tras de nosotros no hay nadie, porque la Solidaridad sintetizó el espíritu catalán. Lo primero lo demostraremos á tiempo, cuando la ocasión nos ponga frente á frente en las urnas; lo segundo no pudo ser nunca cierto más que en el orgullo de los autores del consorcium. Donde no hay, ni cabe que haya, programa, como le ocurre á la Solidaridad, ¿cómo ha de ser posible la concreción política de Cataluña? A menos que llamen programa al del Tivoli, arlequinesco disfraz de las bases de Manresa, no existe otra *entente* que la de matar en España la República, resucitando romanticismos de nacionalidad feudal, y de paso, descuajar la unión hispana, so pretexto de vigorizar las autonomías regionales.

Vamos nosotros en un sentido distinto al de aquel organismo del miedo burgués que se llama Solidaridad catalana: ella quiere aflojar los lazos nacionales, creando núcleos de vida desintegrada—[tan desintegrada]—del Estado; nosotros con la Historia por guía, creemos que los males patrios tienen por causa la falta de unidad real que dirija la orientación del país. Percatándose ó no, vuelve los ojos á la Edad Media, clama por que se salten cuatro siglos de acción unitaria, segura-

mente mala en muchos conceptos, y tor-nemos al atomismo de las regiones soberanas, con sus Cortes y demás andamiaje político, en época de concentración formidable de fuerzas sociales, cuando Suiza evoluciona en sentido federativo—véase su legislación federal moderna—y cuando Alemania y los Estados Unidos se transforman de Confederaciones en Federaciones imperialistas.

Por todas partes oye-se, en boca de hombres distanciados por diferencias fundamentales de programas y métodos, la cantinela monótona de la necesidad de vigorizar la vida local, cosa muy puesta en razón, pero que nada tiene que ver con el resurgimiento de la personalidad histórica de las regiones, aunque los solidarios crean otra cosa. Si mañana, haciendo tabla rasa de un largo proceso unitario, diéramos vida legal, poderes y carácter de Estados autónomos á Cataluña, Aragón, Vasconia y Navarra, la situación actual seguiría siendo la misma: ni resurgirían del polvo de los siglos las personalidades extintas, ni se recobraría el hilo perdido de la genuina tradición regional. La españolización, ó sea el espíritu de Castilla, no habrá bastado á esfumar los rasgos distintivos de los antiguos reinos, pero ha sido la suficiente intensa para que estos sean cadáveres que el Lázaro de la autonomía no haría revivir ni con corrientes de galvanismo romántico, diga lo que quiera Cambó.

Lo único que nos da apariencias de nación civilizada lo debemos á ese Estado, ferocemente centralista, que todos denigramos como causante de nuestra ruina, pero á cuyas ubres nos asimos á porfía lo mismo castellanos que catalanes, gallegos que andaluces. En esto nuestra solidaridad es completa; la solidaridad del pandillaje más vergonzoso. No es más moral, no tiene mayor civismo colectivo un regional que otro; si los catalanes somos los menos, acháquese no á la superioridad de raza, sino á los mayores medios de vida fuera del presupuesto.

La vigorización de las energías nacionales no debe buscarse por atajos sepultados en la Historia... Esto, como dijo Unamuno, es obra de archiveros; nosotros, que soñamos con una España grande, decimos con Romero Girón que no se puede enaltecer la obra de la unidad nacional reduciéndola á mera fórmula sin contenido, y propagar de otra parte el desprendimiento y la función independiente de los órganos del cuerpo social. Portalis, el insigne tratadista, al hablar de la unidad legislativa, había expresado la misma idea: los hombres que dependen de la misma soberanía sin regirse, empero, por las mismas leyes, *necesariamente* son extranjeros entre sí, están sometidos al mismo poder, sin ser miembros del mismo Estado; forman tantas naciones como costumbres tienen. *No pueden hablar de patria común.*

HISPANIA, no puede hacer coro á los que disfrazan semejantes intenciones con amplios ropajes de lirismo romántico trasnochado en la literatura. A negaciones funestas opondremos la afirmativa de un programa amplio, que atacando la decadencia actual tenga á la vez un ideal de altruismo y de reconstitución patriótica.

Sentimos como el que más la necesidad de que se origine un cambio en la marcha del país, porque seguir así es dar pie á que la profecía del insigne Costa, la conquista extranjera, sea con el tiempo una verdad apocalíptica; pero entendemos que aquel cambio no son los solidarios los llamados á producirlo, sino los que noblemente lanzan su esfuerzo y su espíritu por la vía de los radicalismos sal-

vadores y miran cara á cara la esfinge del porvenir... Nunca los que se entretuvieron en contemplar la sombra del pasado, buscando alientos en ella, engendraron las concepciones de pueblos rejuvenecidos por el progreso, como de la inercia no salió su término opuesto, el movimiento.

Pero si en España se hace apremiante aquella necesidad, aquí en Cataluña, antes de depurar la orientación que, cual maleza confusa, obstaculiza nuestra finalidad. Cuando aquella orientación sea lo que debe ser, una forma de disfrazar el credo-carlo-nacionalista para que la gente lo vea vestido de moda, los republicanos habremos conseguido quitarle aquel elemento que le aseguró su momentáneo triunfo: la democracia. Y entonces se verá, si la Solidaridad, reducida á sus egoísmos regionales y sin más programa que el Dios, Patria y Rey, encuentra en la opinión de Cataluña el logrero éxito de otros días.

En Lérida, más que parte alguna, se impone esta campaña dirigida á deslindar los campos, amojonando el de la solidaridad republicana, porque aquí las intemperancias de la otra, su falta de comprensión de la realidad nacional, y de los métodos de lucha, dánla un tinte de reaccionarismo más violento y agresivo que en Barcelona, donde la ilusión de los principios oculta la miseria de miras en la penumbra de las conciencias. Frente á tales concepciones, fruto de la ausencia de entusiasmos, levantamos nosotros bandera de fervoroso culto á la doctrina, proclaméla quien quiera que sea, porque prescindimos de personas, siempre que contribuyan á facilitar el advenimiento de la República y lleven á la tarea de instaurarla el óbolo de su sacrificio.

No desconocemos que habremos de hallar en este propósito encono en unos, indiferencia en los más, insania en no pocos, pues la Solidaridad sabe usar con sin igual destreza las armas todas de la lucha política. Importa poco que la crítica mordaz hincque su diente venenoso en nosotros; deploraremos que lo que quisiéramos fuera una noble liza de ideas, contrastadas con noble emulación, se convierta en riña de gallos, pero si nos impelen á ello, advertimos que nuestros espiones tienen la dureza de los aceros toledanos... Quien nos lea verá siempre que en nuestros trabajos habrá constantemente aquel comedimiento que la corrección exige. Tenemos el fanatismo de la idea, no queremos mescolanzas que la diluyan y corrompan en aras de rancios mamotretos históricos, y para defenderla, santificando nuestro amor á la verdad, combatiremos lo mismo que el caciquismo gubernamental aquel otro que amenaza destruir el republicanismo catalán, por la torpeza de unos y la traición de los otros.

Si al fin de la jornada contribuimos en escasa medida á despertar el partido republicano en la provincia, nos damos por satisfechos. Después de todo, aquella nebulosa, la Solidaridad, que apareció como un misterio en el horizonte político, se ha descubierto al fin que no era otra cosa que restos luminosos de un conglomerado sin cohesión y vida propia.

LA REDACCIÓN.

La crisis del republicanismo

Luis de Zulueta, un buen escritor sin otro defecto que el de ser solidario, dedicó un notable artículo á discurrir acerca del fracaso de la Asamblea últimamente celebrada en

Madrid. Sus apreciaciones en cuanto traza la psicología del republicanismo español, tachándolo con justicia de eterno forjador de programas y de uniones, son exactas; pero yerra, á nuestro parecer grandemente, cuando se mete á consejero, señalando la pauta nueva á seguir, la de los solidarios catalanes.

Malos vientos corren, es verdad, para los ideales progresivos. La República simula alejarse, como cosa imposible, que sólo la mente puede deleitarse soñando la cercana, pero esta reflexión, que interiormente hácese cuantos perdieron la fé ciega en los optimismos, descansa más en la falta de conocimiento de nuestras propias fuerzas que en las dificultades ó resistencias de las instituciones monárquicas.

En mil formas se ha dicho que los republicanos éramos nuestros mayores enemigos. Las banderías, los programas, los personalismos y demás quisquiosas muy nuestras han hecho del ideal republicano un mosaico con infinitas variaciones de colorido, que alterándose de continuo, por la acción de unos y otros, váse convirtiendo lentamente en algo inextricable y laberíntico donde cada uno se cree con autoridad para señalar el camino á los demás, ó de negarse á seguir el que las circunstancias indican.

Aplicado, como lo hemos hecho en toda ocasión, semejante sistema parcelario, no hay por qué extrañar que nos hayamos pasado año tras año sin dar un avance, ni hemos de maravillarnos de que sigamos discutiendo lo que ya no se discute en parte alguna: la metafísica de la República, ó si ha de ser unitaria ó federal, radical ó conservadora.

Se impone cambiar de métodos... y de hombres. La táctica de hoy es exactamente la misma que emplearon los liberales del primer período constitucional cuando luchaban contra el absolutismo de Fernando VII ó el despotismo ilustrado de Calomarde; y huelga después de tantas experiencias, que, como aquellos, alimentemos nuestro espíritu con romanticismos, cuando son tiempos de positiva actuación los que corren.

El desbrozamiento absoluto y radical de la mentalidad republicana es lo que, ante todo, debe procurarse. Somos utopistas, troqueladores de sentimentalismos que nunca dieron vida á formas durables de la gobernación del Estado; creemos que un discurso vale algo, cuando animado el entusiasmo ardoroso de la idea, y sin duda vale menos que crear una escuela laica, un centro obrero ó apoyar una enmienda modificando el sueldo de los maestros. Las frases nos enardecen, lo otro se nos antoja baladí, insignificante, á pesar de que sus insignificancias acumuladas difundirían por España una doctrina germinadora de un ambiente que preparara la evolución.

Hay, además, que hacerse cargo de una objeción grave, que al partido cabe hacerse en la actualidad, objeción derivada precisamente de los métodos usados por sus hombres. Hasta el presente, no hemos gobernado—porque no sólo se gobierna desde el banco azul;—nuestro obstruccionismo perpétuo á locas, se ha negado sistemáticamente á descender á la liza, disputándole al Gobierno la prioridad en la presentación de ésta ó de aquella reforma, oponiendo principios á principios, proyectos á proyectos, y haciendo todo esto con la vista fija en el interés de la nación, fuera de toda concepción de doctrinarismo. En cultura, economía, administración, guerra, etc. hay aspectos, materia y medios para que el republicanismo español hubiese podido aquilatar ante la opinión neutra que contaba con soluciones prácticas para variar la directiva del Estado, encauzándola por otros derroteros más provechosos.

¿Quién duda que la energía derrochada de un modo estéril en bosquejar y destruir uniones habríase invertido mejor en aquello? Por lo menos, quedaría demostrado que teníamos capacidad para ser Poder; detrás de nosotros

habría una obra legislativa, ó proyectada, simpática al país, y en último término, el romanticismo de los republicanos sería hoy un dato histórico, no una realidad desconsoladora, que sueña con renovar periodos que tuvieron su razón de ser y que ya no la tienen. Tomando ejemplo del socialismo alemán, nuestra obra, consolidada en las leyes, sería nuestra mejor arma de combate.

No se hizo, no se pensó nunca en trabajar así dentro de la Monarquía para la República. Las consecuencias están a la vista: la Asamblea de Madrid es el coronamiento triste de una política verbalista y puritana, que implantaron para desdicha del partido los teóricos, los gongorinos y los conceptualistas de todos matices. Kant y Krause, ilustres inspiradores de nuestros grandes republicanos, hicieron más por la disgregación y el atomismo de la opinión radical que las armas de la Monarquía: sin ellos, acaso hubieran brillado menos colosales de la oratoria y de la filosofía, pero seguramente que la organización republicana sería formidable, y habría algún que otro mediano hacendista en el partido.

Derivación muy natural de este endiosamiento, que hemos alzado siempre, á favor de algunas figuras de relieve, es el otro vicio capital de nuestra mentalidad: la fé absoluta en que ha de hacer un hombre, un semi-dios político, lo que no sabemos hacer juntos. Imponerle así á una personalidad, cualquiera que sea su arraigo y talento, la tarea de traer la Revolución á hora fija, revela una candidez increíble y se compagina muy bien con nuestros atavismos milagrosos.

Los grandes movimientos políticos-sociales han sido siempre obra de altruismo y de abnegación, no fruto de hebraicas concepciones del valor de un hombre, como le ocurrió siempre al pueblo hebreo. Fortalezcamos lo que yo llamaría el coeficiente medio de espíritu de sacrificio, hoy decaído por los desengaños, no con discursos sólo, sino con una acción positiva en la política del Estado, y la fe muerta, fe estúpida en los milagros de un héroe imposible renacerá serena, reflexiva, juiciosa, calculadora, como fórmula compendiosa de la nacionalización espiritual de la idea republicana.

Costa y Lerroux han sido los únicos que se han hecho cargo de esta apremiante necesidad de nacionalizar la República, llevando hasta el último villorio las auras de la esperanza al despojarla de apriorismos de doctrina y de causa de un partido; porque es más que secuela de una idea: es la causa nacional, el único asidero que el instinto de conservación nos tiende para salvar la soberanía española. Sólo que los métodos han sido distintos: Costa, irguiéndose como un profeta, lanza indignado sus frases á la faz del país, esperando que su efecto levante la tormenta, y cuando se convence de que no, esconde su dolor en el silencio; Lerroux, de mentalidad opuesta, batalla, organiza, se defiende y ataca, como un general que tiene que reclutar sus ejércitos y llevarlos él mismo á la lucha.

¿Quién lleva la razón? Los dos: el uno hiere con brutal dureza el indiferentismo nacional, mostrándonos la enorme responsabilidad colectiva en que incurrimos; diseña con análisis asombroso la vida y los males de España, y señala la orientación: el otro, disciplinador de multitudes, aprovecha los golpes de ariete de la palabra de Costa, para gritarlas: ¡organizáos! ¡organizáos! ¡Creed centros; fundad periódicos; id á las urnas; levantad escuelas laicas, casas del Poble; invadid las Diputaciones y los Ayuntamientos; que los alambres invisibles de la organización os unan á todos, porque ella crecerá robusta, como magistral fortaleza del pueblo, por los ámbitos de la nación... *Et renovavem faciem Hispania.*

Cuando no se siguen parecidos procedimientos, y la idea se estanca en las aguas muertas de un partido, no hay escape posible para las energías populares ni por tanto perspectivas de producir cambios substanciales. Sin aquella nacionalización de la idea republicana que fué la musa inspiradora de las generaciones de 1649 y 1789 ni Cromwell ni los republicanos franceses habrían conseguido hacer labor seria. Bastó que, compenetradas de la necesidad de salvar la nación, hermanaran la finalidad con una fórmula radical de gobernación del Estado, para burlarse de los ejércitos de Carlos II y del príncipe de Brunswick, y seguir la Revolución su marcha triunfante. Algo parecido, aunque en sentido reaccionario, ocurrió aquí, cuando el país en masa se levantó en armas para rechazar, vilmente engañado por el clero, á los soldados de Napoleón, instauradores momentáneos de una Constitución liberal.

La crisis del partido, que Zulueta cree insolucionable fuera de los moldes solidarios, se resolverá perfectamente si nos dejamos de imitar á nuestros abuelos. Seamos tolerantes y activos colaboradores de la vida pública, nacionalicemos nuestro credo con los intereses patrios, y hagamos menos discursos, que obrando así, aquel coeficiente de espíritu de sacrificio de que hablaba tendrá en la organización su mejor graduador.

Y lo demás... vendrá por añadidura.

GERMINAL.

La Solidaridad se disgregará...

Los que en Madrid creyeron ver en la gente que la Solidaridad llevó al Congreso la genuina representación de Cataluña erraron lastimosamente. A posteriori han podido comprobar que los arranques solidarios de un principio han decaído tanto que lo que pudo parecer un bloque de fuerte cohesión política háse trocado en un disforme conglomerado, de hondas hendiduras, que amenazan disgregarlo antes de largo tiempo. Su arrogante actitud de los primeros días, fruto de un éxito que no comprendieron, ta domeñó Maura con presteza, dejando al descubierto las sórdidas ambiciones personales que forman el *substractum* de la Solidaridad.

No podía ser de otro modo. Quienes sólo de lejos presenciaron la victoria de los solidarios desconocían los motivos de la misma, y presagiaban algo trascendental para España. En cambio, otros muchos, más cercanos á la realidad y mejor conocedores de la psicología radical de nuestra región sabíamos que las provincias catalanas no eran solidarias, porque conculgasen en el credo de la Lliga, si no anticaciquistas, y por ello dispuestas á responder en masa á cualquier movimiento que diera el golpe de gracia al gubernamentalismo cunero y las hiciera recuperar la soberanía electiva detentada por los pulpos caciquiles.

Cataluña buscó simplemente emanciparse; lo consiguió en apariencia pero sin percatarse de que instauraba un cacicato híbrido, mezcla de las ideas y finalidades más opuestas, que habían de chocar un día con violencia, así que la Solidaridad tuviera que votar cualquier ley importante, y que, en provincias, se resolvería en una lucha denodada entre los componentes, interesados en hacerse con la preeminencia en la dirección.

Los hechos han comprobado ambas previsiones. La Solidaridad tiene demostrado con pruebas, que no sirve para actuar de instrumento parlamentario capaz de renovar los métodos y la comprensión dominante de la vida política nacional. En el proyecto de Administración local, la excisión se marcó honda en la doctrina de los diferentes grupos. ¡No va nada casi en defender el voto corporativo ó el sufragio universal! Parecido contraste, aún más intenso si se quiere, ofrece la actitud de aquéllos con respecto á la proyectada ley del terrorismo; y por ventura, ¿no revela á las claras la débil trabazón del programa del Tivoli lo ocurrido con el presupuesto de cultura, votado por el Ayuntamiento de Barcelona?

Son estas manifestaciones, demostración elocuente de la concordancia que exista entre grupos cuya finalidad marcha por derroteros distintos. Maura ha tenido la maquiavélica argucia de hacer un experimento *in anima vili*, poniendo á los solidarios en el duro trance de sacrificar sus propias ideas ó de mantener la cohesión aparente de la Solidaridad. Ante el dilema, los egoísmos y el instinto de conservación pudieron más que la pureza del ideal; pero ahora mismo, emprendida la propaganda para impedir la votación de la ley explosiva, como la llamó alguno, los solidarios izquierdistas se aprestan á combatirla, mientras Cambó y la Lliga, juntamente con los carlistas, piden y desean que la ley se apruebe. Armonías por el estilo surgirán á cada paso, siempre que la voluntad del Gobierno ó la iniciativa del Parlamento pongan á discusión un problema cualquiera. Decir que en la política hay posibilidad de crear *ententes* entre grupos fundamentalmente distanciados por la doctrina, es olvidarse de que las soluciones que se aporten han de ser opuestas, á menos que se transija por unos y otros, en cual caso la transacción es sinónima de corruptela y de prostitución del pensamiento político de todos. Y de ahí, á lo que los lectores llaman engaño, componendas

y falseamiento de la representación parlamentaria, media sólo la distancia de tiempo, que acaba por ponerlos de manifiesto.

Cataluña empieza á darse cuenta de que puso excesivas esperanzas en la Solidaridad. Las discrepancias anteriores le han hecho comprender que creó un órgano anodino, incapaz de encarnar sus múltiples orientaciones, sus ansias legítimas de llevar á la vida española una idealidad más alta que la actual. El escepticismo que siguió á los entusiasmos de un día crece lozano en las almas; los mismos que hablaron de una renovación próxima de la Historia nacional, ven alejarse la perspectiva que soñaron.

Esto ocurre cuando apenas la Solidaridad ha hecho sus ensayos como organismo parlamentario. ¿Qué decir de su porvenir el día en que aprobada la ley de Administración local se organicen las mancomunidades y se toque de cerca al problema tributario, á la intervención y régimen de la enseñanza, beneficencia, comunicaciones y demás asuntos en que los principios jugarán importantísimo papel? Así, por ejemplo, si se admite una Hacienda municipal autónoma; sobre qué bases de imposición tributaria concordarán los representantes de las clases obreras con los de la burguesía industrial? Sería curioso saberlo. En último término lo probable es que ocurra lo que en la Vasconia: se construirán hermosas vías, pero las pagará el proletariado y el pequeño propietario rural, haciéndose por este medio más estrecha la supeditación de la Cataluña agrícola á los intereses de Barcelona.

No sabemos si el caso llegará á presentarse, más si la ley se aprueba, como parece probable, lo que empieza siendo una vaga y temerosa alarma será un hecho: la derrota del proletariado catalán, si antes no desaparece la Solidaridad. Viviendo ésta las transacciones que se han marcado en Madrid se harán más visibles en Barcelona; los republicanos, por no perder puestos, pasarán por muchas cosas, y Cambó, en nombre de la burguesía catalana, arreglará las mancomunidades á buen ojo de cubero, organizando la enseñanza como á esta le convenga, y metiendo baza á las fuentes de exacción tributaria regional que mejor cuadren á sus intereses, que no son precisamente los de Cataluña, sino los de la Lliga y el Fomento. Consecuencias tangibles: la instauración de un centralismo barcelonés sobre el madrileño, y las cuatro provincias girando sumisamente alrededor de la órbita que las señalen los representantes del industrialismo, los *factotums* de un supuesto resurgir regional de las energías colectivas de Cataluña.

Afortunadamente, todas las previsiones alejan la posibilidad de que para aquel entonces subsista el *consorcium* solidario. Cada conquista de las posiciones dichas supone una componenda más, un mayor engaño de la opinión radical catalana, y esta habrá de protestar antes, echando por la borda la mentira solidaria y creando una Solidaridad de defensa contra la ola creciente del orgullo regionalista, hoy reducido á expansionarse pidiendo el voto corporativo y la aprobación de la ley contra el terrorismo, pero que mañana llegaría hipócritamente á intervenir en su provecho las funciones de las mancomunidades, desalojando de los comicios á los republicanos y al proletariado.

Las cosas van por ese camino, no hay duda. La Solidaridad devolvió la vida á las castas paleontológicas de la reacción ultracaciquil y lo mismo cabe decir de los catalanistas, que solo habían conseguido escasa representación. Los republicanos fueron el núcleo de concentración, y gracias á ellos pudo conseguirse un éxito momentáneo, que ha venido en descredito de estos que nada ó poco significan ya en las orientaciones del conglomerado solidario. Siguiendo alternativamente el ascenso de los primeros y el descenso de los segundos, cualquiera va á saber lo que quedará del republicanismo catalán solidario...

La más elemental previsión aconseja, á los republicanos de todos matices, soltarse de los brazos de la Solidaridad, pues, de lo contrario, acabará por ahogarlos en ellos, después de haber sido los más devotos en ofrendarle pleitesía y entusiasmos. Si ellos no lo hacen, las circunstancias que en política son como un sistema de fuerzas en movimiento, les obligarán á hacerlo, pero acaso sea entonces tarde, porque los regionalistas y carlistas, previniéndose con antelación, harán—lo hacen ya—extendido, bajo el protectorado de la Solidaridad, su radio de influencia por la mayor parte de los distritos.

Con razón decía Maquiavelo que los grandes nombres se han inventado para encubrir las peores infamias, infamia que sería la de matar definitivamente el republicanismo catalán. Poner el ¡nulla redentio! á los ideales progresivos: he ahí la obra de Cambó á la que prestan su apoyo los descarriados jubilosos de anteponer la autonomía á la República, Cataluña á España.

FLORIDOR.

NUESTRAS COSAS

Tal afán existe de legislar, que se hace á troche y moche, sin mirar las consecuencias, por toda clase de gobernantes, como si el gobernar una nación fuera juego de quita y pon y las leyes pudieran tomar carta de naturaleza á los ocho días de promulgadas.

Así acontece con el engendro del moderno partido conservador intitulado proyecto de Administración local, que no enlaza lo presente con lo pasado ni mira á lo porvenir, con lo cual dicho se está que resulta una reforma que vivirá sólo en la *Gaceta*, como todas las que en España hacemos.

No este proyecto, ninguno de los hasta el día elaborados, llegan de mucho á la perfección que se encuentra en la ley orgánica municipal de 2 de Octubre de 1877, ley perfectamente democrática, perfectamente autonómica y *perfectamente desconocida* á pesar de los treinta años que lleva de vigor, *durante los cuales no ha sido un solo día aplicada* por los Ayuntamientos, Gobiernos, Diputaciones y Ministerios, que todavía usan la de 1845, de acuerdo con el buen pueblo español á quien se le da un ligo de leyes y legisladores y solo vé, oye y anda por los ojos, oídos y pies de sus pastores de almas, hasta el punto de celebrar, contra preceptos del Papa, todas las fiestas y festejos que éste hubo de suprimir de acuerdo con el Gobierno, á cuyo pesar nos emplumaron la ley del descanso dominical, añadiendo cuarenta y ocho festividades más á las innumerables que ya poseemos.

Esa ley todavía no aplicada y ya tratada de sustituir por el Sr. Maura, dimana de preceptos constitucionales á los cuales toca la de Administración, contiene, plenamente reconocida, la autonomía municipal, así como la manera de asociarse los Municipios para fines de vida colectiva de reconocida utilidad, establece el modo de recaudar é invertir los haberes locales, debiendo intervenir precisamente todos los Ayuntamientos, con más los vocales asociados, componentes con aquellos las Juntas municipales, y ordena que en materia de presupuestos y cuentas se guarde el método de publicidad, encomendando la constitución de los Ayuntamientos al comiún de vecinos electores por medio del sufragio universal, atendiendo á dos fines perfectamente honrados y dimanantes de la microscópica Revolución de 1868, que el insigne Castelar creía ya confundidos y conaturalizados con nuestro pueblo... ¡No pudo presentir á Maura!

De haberse observado la vigente Ley Municipal desde su promulgación se habría podido conocer su bondad... Pero, ¿quiere decirnos el lector en qué pueblos se ejecuta la mencionada mal distribución de fondos que mandó practicar, en cuáles se consiente á todos los vecinos que examinen los libros de contabilidad y documentos originales de las cuentas, como preceptúa, en qué casos las Diputaciones y gobernadores han decretado ó informado la procedencia de responsabilidades contra los Ayuntamientos por no rendir las cuentas ó por mala inversión de los fondos, cuándo se ha hecho caso de los votos de las minorías y qué penas se han impuesto á los administradores infractores de dicha ley?

¿No se lee diariamente, no se sabe, no se toca, que desde el Tribunal de Cuentas al más ínfimo de los gobiernos civiles faltan las cuentas, considerando á los Ayuntamientos refundidos en solo tres personalidades llamadas cuentadantes, que son el Alcalde, el Depositario y el Secretario-Interventor, cuando aquél no puede ordenar pago alguno no acordado en la distribución mensual, como mero ejecutor de los acuerdos municipales, el segundo no debe hacerlos sin que lo conste este requisito y el último no puede intervenirlos sin mediar tal circunstancia? ¿De qué van, pues, á responder cuando ni siquiera pueden confeccionar las cuentas, pues sus funciones se limitan á formularlas Secretario con los documentos justificantes—entre los cuales debe obrar siempre la necesaria distribución de fondos,—y presentarlas al respectivo Ayuntamiento para su fijación, ó sea para rendirlas, recogiendo así toda la responsabilidad de sus anteriores acuerdos, por la administración que tiene confiada y de que es responsable?

Pues así es todo. Por esto el insigne Costa (no el de aquí, el otro) hace años clama por que se aplique y cumpla esta ley y por esto el otro día un honorable Senador y miembro de una importantísima Diputación provincial, confesó ingenuamente, hablando de esta ley y del flamante proyecto de la obra, que lamentaba no haberse fijado; pues habría combatido el proyecto.... (?)

¡Solo puede ocurrir aquí!—X.

Contra la ley del terrorismo

LA PROTESTA

La juventud intelectual española, en un arranque de viril entusiasmo, logró llevar al Congreso al insigne patrio que había rehusado sentarse en sus escaños, para ser espectador de la comedia parlamentaria. Si tuviera aquella otros títulos que ostentar, bastaría su noble propósito felizmente conseguido para hacerse acreedora de civismo y demostrar que también entre los ateístas hay en las grandes ocasiones aquella energía en la acción que tan a la ligera le negara un día Ramiro de Maeztu.

Costa informó... Su palabra fluida, mágica, porque es la verdad hecha carne, debió hacer estremecer el ámbito del salón que piadosamente recoge las musicalidades huera de nuestra vieja musa parlamentaria. Era el Verbo de España, personificado en el último español, que en nombre de la justicia venía, como ella maltrecho y dolorido, a exigir del Sr. Maura la muerte del proyecto de ley contra el terrorismo.

No fué un informe más. Ciertos hombres, como dijo Carlyle, son héroes, símbolos que sintetizan el espíritu de un pueblo... Costa, con su melena desgreñada, su barba de apóstol, y sus ojos mirando extraviados las regiones del ideal, aparecía como una evocación, como un símbolo de la España rebelde al yugo ultramontano. Las conciencias hablaban por sus labios, y lo hacían fría, serenamente, dejando planear sobre las cabezas la sombra amenazadora de la protesta...

Hoy esta ha corrido, silbante como una flecha, las provincias. Costa fué el inspirador; él la preside en espíritu desde su rincón abrupto. Pelayo de la reconquista de la libertad en peligro, sus huellas llevan a su retiro el sonar de sus armas, los ecos de mil voces que claman desaforadas contra el proyecto inicuo. Mitins, discursos, artículos se suceden y amontonan como ola creciente que hundirá la reacción en el mar de la rebeldía legal, para evitar que los socialistas levanten aquella otra ola de sangre, que profetizaba Pablo Iglesias.

Aún es tiempo, aún... La ley del 94, ley de dureza draconiana basta para reprimir los crímenes del anarquismo, reintegrando el derecho violado. No se confundan las fronteras, no quiera hacerse un terrorista de cada liberal, no se supriman las garantías, porque entonces acaso se abra la válvula de seguridad al empuje de la indignación del país, y el desfogue de ésta sea menos inofensiva que pudo imaginar el Sr. Maura.

Dos burguesías gemelas

Como catalanes sentimos pasión por nuestras cosas, por que en ellas hay estereotipada la idiosincrasia de nuestro carácter, la resultante social de nuestro esfuerzo colectivo. Cada nación, cada comarca, cada pueblo tiene una fisonomía especial, en la que vemos reproducidas las virtudes de sus habitantes al lado de los defectos ó imperfecciones que hay en su actividad. Lo patriótico sería enaltecer aquellas y señalar estas para enmendarlas; pero los solidarios lo entienden de otro modo, y estúpidamente colocan á Cataluña á un nivel que dista mucho de haber alcanzado en ningún terreno.

Grandmontagne tuvo la valentía de decir algo de esto en el Fomento nacional. Sus conceptos analíticos, acerados é irónicos le malquistaron con la burguesía industrial barcelonesa, sobre cuyo orgullo mesiánico resbalaron aquellas afirmaciones como un insulto, cuando eran un consejo. Lo que no obstó para que, más tarde, las reconociera implícitamente acudiendo presurosa á reforzar el Arancel con nuevos apuntalamientos defensivos.

La burguesía catalana, diga lo que quiera el Fomento nacional, no se distingue por tener rasgos de clase preparada para la lucha económica mundial. Si así fuera, la pérdida de las colonias habría compensado llevando su producción á los demás mercados, sobre todo á la América latina, en la que podía competir ventajosamente contra los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania, porque el comercio figura en su mayor parte en manos de españoles y de indígenas; pero basta examinar la proporción de las importaciones europeas á las Repúblicas americanas para ver que España, ó mejor, Cataluña, contribuye poco al lado de los países mencionados.

Y no se diga que el Estado Español tiene la culpa—el Estado no se metió en esto, ni en muchas otras cosas que le cargamos á su costa—. Si los industriales catalanes hubieran tenido lo que les falta, genialidad mercantil, capacidad técnica para disminuir el coeficiente del coste, además de otros aditamentos necesarios, entre otros, dominio de la psicología del mercado americano, la industria catalana tendría ahora vida propia, independientemente de las orientaciones arancelarias de la Junta de aranceles y valoraciones.

En vez de caminar por la ruta de la conquista mercantil donde las caídas abundan cuando las piernas flaquean, como flaquea de pies á cabeza la burguesía industrial catala-

na, se prefirió ir á gusto en el machito del Arancel, el cual sirviera de tapadera de sus concupiscencias mercantiles exactamente lo mismo que la nómina disfrazada las corruptelas de la burocracia castellana. Uno y otra, el Arancel y la nómina, son las aspilleras tras las que se parapetan dos burguesías, pseudo-industrial la una, política la otra, pero incapaces ambas de afrontar el problema de la lucha moderna en un campo de libertad y de actuación de las fuerzas sociales. Suprimid el Arancel, y la Cataluña de los amores solidarios se deshará como bambolla de jabón: secad la ubre del presupuesto, y la burocracia castellana abrirá la boca en largos y agónicos bostezos de hambre...

Decid esto á cualquier intelectual catalanista, y sin más razones que logomaquias artísticas, os dirá que el proteccionismo no ha hecho la Cataluña industrial, si no que exclusiva ó principalmente se debe á la superioridad de raza, carácter activo, espíritu de ahorro y de asociación de nosotros, los catalanes; y aunque algo haya de cierto, la incógnita no está en este activo precioso de la psiquis colectiva de Cataluña, sino en unas prosaicas tarifas arancelarias y un mercado sin concurrencia que obligue á los industriales á demostrar que reúnen condiciones para concurrir mercantilmente con los extranjeros y cobrarles ventajas.

La protección arancelaria es hoy una política mundial, pero no una protección á tonas y á locas, como la nuestra, donde en el índice de defensa de las industrias lo que menos hay es sentido común, armonía de tipos y ecuación exacta de los tantos por cientos que deben corresponder á los productos en los periodos de transformación. Aquí ha predominado en la fijación arancelaria los intereses de este ó de aquel industrial; nunca el criterio proteccionista que consiste en sacrificarlos, cuando son contrarios á otros más atendibles y viables.

No decimos más. Tenemos la intención de prolongar el parangón en sucesivos números, y demostrar que no es oro todo lo que reluce, ni vale la burguesía industrial lo que imaginan los intelectuales á sueldo, porque cada penacho de humo que sale de las fábricas les parezca algo así como el del casco de un Jaume I lo conquistador industrializado.

WAGNER.

Espolozcos

L' Almogàver empieza con bravuconadas su campaña contra nosotros. Sentimos no poder seguirle, por dos razones: la primera, porque en nuestra casa no hay ningún ogro que se coma á los niños; la segunda, porque despreciamos profundamente á los que cuelgan el trabuco junto al crucifijo...

En cuanto á lo de que ya sabemos donde tienen su casa los carlistas... ¡ni ganas! No nos manchamos la suela de los zapatos en averiguarlo; sépanlo para hoy y lo sucesivo. Cada cual con lo suyo... y Dios guarde muchos años á la bona gen de L' Almogàver.

No insistimos, lectores. Como dice Gedeón, ¡el papel vale más!

Lerrouxeros nos llama L' Almogàver, anticipando filaciones políticas á nuestro programa. Venga enhorabuena el calificativo, pues sin ser personalistas—somos sencillamente republicanos anti-solidarios—más nos place tener simpatías por un revolucionario, autor de una organización ejemplar, que rendir tributo de realeza á D. Carlos que en su vida hizo otra obra que la de ensangrentar la nación con guerra fratricida.

Lerroux puede mirar las gentes á cara descubierta; las infamias solidarias no hacen sino realzar su honradez. Vuestro augusto señor la lleva tapada de por vida con el cendal de sangre inocentemente vertida en su nombre, y aun así, las trágicas sombras rojas de los millares de liberales sacrificados, nublan como visión apocalíptica, la de aquellos ojos que sólo se abrieron para contemplar los osarios que su ambición levantó en los campos de España.

Bueno es, para él y sus huérfanos que heredase la presunción teológica de que los muertos por su culpa eran meros *servus servorum Regis*. Esto aligera la conciencia; pero mejor fué, mucho mejor que le diéramos dos *pataditas* y con ello el exequatur para que no vuelva.

¡Qué no volverá!

Armonías solidarias. —La Solidaridad, *ferm puntal de Catalunya*, justifica cada día el acierto que tuvieron en bautizarla los autores del programa del Tivoli. Ahí va una prueba del amor fraternal de sus componentes.

Ocurrió que con motivo de la renovación de cargos en la Junta directiva de la Academia de Jurisprudencia presentaron candidatura opuesta—¡oh altruismo solidario!—nacionalistas y regionalistas. Por los primeros, un buen abogado, Almela; en nombre de los segundos, un jurista, Durán y Ventosa, que no llegará nunca á calzar en Derecho los puntos de su padre, aunque se empeñen los de la Lliga.

Parecía natural que la lucha se desarrollara noblemente, haciendo honor á los candidatos y al cargo, *La Veü* refiriéndose al *Poble Català*, mantenedor de la candidatura de Almela, dice con efusivo cariño, entre otras «qu' el tal diari va sentho ja fot, anticlerical, socialista, jacobí, menys catalanista.»

Elocuentes manifestaciones, ¿verdad? Es eso de que las familias mal dirigidas, porque todos quieren ser los años, ó salen como la de D. Carlos ó se tiran los platos á la cabeza. La solidaridad hace más: se tira la escupidera de los insultos.

Así anda ella!

La *Veü* las tiene ahora con el bloque de las izquierdas que se apresta á combatir denodadamente el engendro jurídico del Sr. Maura. Ya sabemos que no le importa mucho que violen la Constitución y le den garrote al procedimiento, cosas ambas que ni *ni fa* para los fundadores de la *Catalunya nova*, ó de la sucursal del Vaticano; pero que, á pesar de todo, son aun queridas por los catalanes.

Afortunadamente, la *Veü* clama en el desierto... ó con los carlistas, que es lo mismo. Otros solidarios sienten la democracia, y en ocasión tan peligrosa para su existencia, estrechan las filas y se pasan á los nuestros, no olvidándose sin duda de que Cataluña tuvo una trilogía democrática, cuyos hombres, Prim, Pi y Figueras, se ocultarian ante tanta sinvergüenza si vivieran.

Vaya, vaya la *Veü* haciendo el vacío. Aguantamos la vela. Cuando se apague aquellos nombres iluminarán su obra nea con resplandores de indignación.

Por ahí andan suscribiendo una proposición para que no se bailen más sardanas en la Juventud Republicana. Parece ser que muchos socios están de aquellas hasta la coronilla, y van diciendo que las baile cada cual en su casa, si tiene gusto en ello.

No señores, el balloeo místico, ó sea, sin *agarrar*, es un gran incentivo de los ideales políticos; la sardana el *alter ego* de la Solidaridad, que deben los solidarios ensayar incluso en el salón del Congreso para regocijo de las galerías. A Maura le gustan las sardanas con música de Cambó.

Nosotros, sin embargo, pensamos en proscribir los bailes cuando fundemos un Centro. El que se sienta encariñado con Terpsicore, allá se las haya con sus predilecciones y coja una escoba si no encuentra pareja, que todo es lo mismo. Preferimos educar los espíritus á dar ligereza á las piernas... para huir.

En cambio, la Juventud Republicana ha de defender las sardanas. ¿Sirve acaso para otra cosa? Allí, republicanos y carlistas, las bailan que es un primor. Cuando se *agarran* da fruición pensar cuanto se quieren unos y otros. ¡La mar!...

Otro botón de muestra, que *El Poble Català* nos facilita, acerca de las armonías solidarias. Al *Poble* le ha dicho la *Veü* que la izquierda solidaria no sirve para nada y como es natural aquel se enfada y vuelve por los fueros de la razón, en esta forma:

«¿Qué no fa res l'esquerra? Si res més no, serveix pera vetllar per l'autonomia del Municipi, bescantada pels autonomistes «fins á certs punts» y *denuciar vergonyoses concòrdes que viuen sota la taula presidencial de la Diputació.*»

«¿Pues qué? No habíamos quedado en que la Solidaridad era el símbolo de la pureza política y nacida para ser el Jordan purificador de nuestros pecados?»

«No decíais que ibáis á acabar con los comediantes madrileños?»

Por lo visto, los compadrazgos anidan también en otros sitios y hay covachuelistas y aspirantes á caciques entre los solidarios.

«¡Bravo! Calinez, baja el telón, porque se ven los interiores y... ¡huelen muy mal!»

«¡Pero si es incienso, amigo Gedeón!»

«¡Sí... incienso solidario!» ¡Puah! Amarra, chico, y vámonos que la mirra de estos actores huele á demonios.

L' Almogàver tira sañudamente á molestar con chirigotas sin substancia al concejal republicano don Manuel Soldevila. No tenemos el gusto de conocerle, pero nos basta que la hoja carlista lo denuestre para que formemos de dicho señor un alto concepto político, y nos metamos á Quijotes, sin ganar otra cosa en ello que la de ahuyentar á los de L' Almogàver.

«¿Por qué pensábamos—se mete aquel periódico en la vida de quién no dice esta boca es mía? ¿Qué gran mal habrá hecho á la Solidaridad para que las columnas de L' Almogàver sean así como un surtidor de insultos y tonterías? Y dándole vueltas al magin dimos con la clave, que transcribimos para edificación de los solidarios sensatos.

En el mentado periódico escribe ó hace que escribe, el del abrazo simbólico de D. Nicolás, lo que no le impide cobrar dos sueldos, uno de beneficiado y otro de cura del cementerio, practicando así—¡oh Solidaridad puritana! qué te has hecho?—las máximas de Cristo. Al Sr. Soldevila no debió agradecerle que se vulneraran las leyes de incompatibilidad de dos sueldos, y al concederse al aprovechado el segundo cargo por el Ayuntamiento, votó en contra.

«¿Has caído lector, en el intrugulís? Pues dínos si no vale la pena de que hayamos buscado el hilo de la trama... ó el depósito de la bilis de L' Almogàver.

«¿Qué positivistas, eh, son estos amigos de la Catalunya nova? ¡Viva la renovación catalanista, el descaje del caciquismo, los abrazos históricos! y sobre todo, ¡hurra á la nómina!»

EL GALLO DE MORÓN.

Socialismo cristiano

Todo el que posee la tierra es infiel á la ley de Jesucristo.

San Agustín. De contemptu mundi, tract. 9 cap. 11.

La tierra fué dada en común á todos los hombres; nadie puede llamarse propietario de lo que le sobre después de satisfacer sus necesidades. *Lo sacó del fondo común*, y sólo por la violencia puede conservarlo.

San Ambrosio. Serm. 61 in Luc. cap. XVI.

Un sneltecito, con olor á incienso, que publica L' Almogàver, nos dá la norma del criterio que los solidarios tienen para resolver el problema social. Si los republicanos opinan lo mismo que los *derechistas*, cosa muy probable, el proletariado catalán sabe desde aho-

ra que le sobran aquellos formidables elementos de resistencia que ha ido lentamente acumulando para la lucha, pues con sólo volver con mansedumbre y resignación al redil de la Iglesia, se habrá asegurado la victoria.

Hay, sin embargo, un ligero inconveniente, que dificulta los buenos propósitos de L' Almogàver y demás defensores de un socialismo *pour rire*. Ellos quieren que la propiedad siga siendo «amparada por los gobiernos y la fuerza», lo que nos dice ya qué clase «de leyes é instituciones cristianas» serian las que asegurarían el triunfo del proletariado. Exactamente las mismas que hoy: palo y tén-té-tieso. Que los obreros no se sientan tentados, con semejantes soluciones, de volver «á la casa paterna que abandonaron empujados por la Revolución», parécenos muy natural; porque siglos tuvo la Iglesia por delante para mitigar las aspiraciones de los oprimidos, y dejó el problema intacto, sin siquiera afrontarlo.

La propiedad individual, con su carácter de exclusivismo, que nos legó el derecho romano—*plena in re potestas*—no fué la concepción de los cristianos de los primeros siglos: todo lo contrario, sobran los textos relativos á la materia que demuestran otra cosa. «Hé aquí—dice S. Juan Crisóstomo—la idea que debemos formar de los ricos y los usureros: son ladrones que asaltan los caminos públicos, despojan á los pasajeros y convierten sus casas en cavernas donde ocultan ajenos tesoros» (De Lázaro, Concio I); y San Gregorio el Grande, lo confirma diciendo «lo que damos á los que padecen necesidad no es nuestro sino suyo». (Reg. Past. pag. 3 c. XXII).

No queremos insistir con citas abrumadoras. En los cánones de los concilios, homilias de S. Juan Crisóstomo y trabajos de muchos preclaros Doctores de la Iglesia, puede cualquiera ver la abdicación completa de los principios cristianos, cometida por aquélla, cuando logró raigambre en la vida social. Hoy aquellas afirmaciones claras, contundentes y reveladoras de la genuina doctrina cristiana, las incluiría el Vaticano en el *Syllabus*, si alguna vez obrara con lógica, pues nunca dijeron otra cosa los apóstoles del socialismo, Proudhon, Lasalle y Max. ni hay un ápice de diferencia en lo dicho por San Agustín y las elegias económicas de Bakunine, Reclus y Grave.

Hablir, pues, del cristianismo como fórmula conciliadora de la paz social, es sencillamente olvidarse de que los tiempos son otros. «Argumentos que lleguen á la conciencia de los ricos y de los que mandan», como dice L' Almogàver no hay más que uno, que podrá repugnarle á él, pero que ha sido el decisivo en todos los países donde el proletariado recabó ventajas: la fuerza de su número. Sólo cuando las manos se alzan airadas y se nubla el horizonte de la tranquilidad burguesa con nubes peñadas de reivindicaciones, dejan los ricos de dormir la siesta, y ponen un poco de atención en lo que piden los obreros oprimidos. La legislación social favorable al proletariado se ha hecho siempre á golpes de amenazas, que resulta ser lo único que dá resultados, porque los lirismos son imitiles y contraproducentes.

En lo dicho no quisiéramos que se vieran segundas intenciones. Para nosotros las modificaciones substanciales en el régimen de la propiedad han de ser fruto de la doctrina jurídica, ampliamente encauzada por la vía de la evolución del derecho en el sentido social. Las modernas leyes sociales no se proponen otro objetivo.

MAX STIRNER.

Crónica provincial

Correspondiendo á los propósitos que guían la publicación de HISPANIA han creído sus fundadores ser de alta conveniencia para los intereses de la provincia iniciar una Sección, que, con el epígrafe arriba mencionado, recoja cuantas justas causas merezcan ver la luz y ser defendidas en nuestras columnas.

En este sentido hacemos un llamamiento á todos los que, hijos como nosotros de la céntrica provincia de Lérida, y suscriptores ó no de HISPANIA, quieran contribuir á poner de manifiesto los atropellos que se cometan tanto por el caciquismo gubernamental como por el solidario, en la seguridad de que apoyaremos energicamente sus deseos, siempre que los inspire la buena fe y nazcan con arreglo á la justicia y al derecho.

Importa poco para este objetivo la finalidad de HISPANIA. Somos leridanos, amamos con pasión el terruño, queremos su engrandecimiento moral y material, y para ello, no dudamos en poner á contribución nuestro esfuerzo, defendiendo con ahinco los intereses que la provincia considere como suyos, ó los particulares que la politiquería dominante venga desconociendo ó atropellando impunemente.

Allí donde la razón y el derecho sean ve-races testimonios de la demanda encontrarán los perjudicados un abogado gratuito en nuestro periódico, y un fiscal, correcto pero severo, los que menosprecien la primera y salten por encima del segundo.

Queda, pues, abierta la crónica provincialiana.

LÉRIDA.—TIPO-LIT. SOL Y BENET.—1908.

SECCION DE ANUNCIOS

HISPANIA

SEMANARIO REPUBLICANO RADICAL

Redacción y Administración: Blondel, núm. 2, bajos. -- LÉRIDA

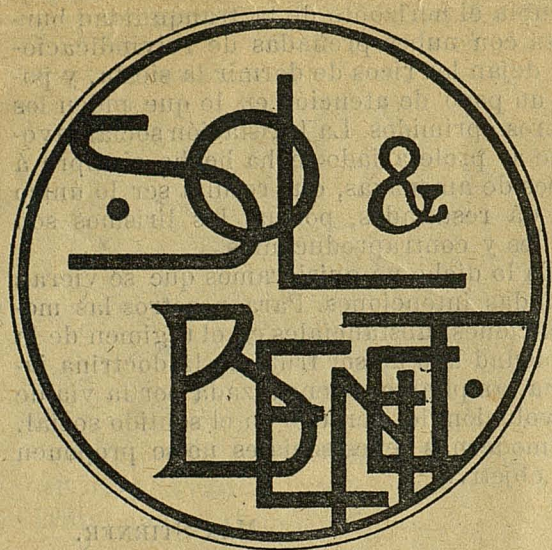
PRECIOS DE SUSCRIPCION

Trimestre, 1 peseta.-Semestre, 2 pesetas.-Año, 4 pesetas.-Extranjero, precios dobles.

ADVERTENCIAS

No se devuelven los originales. El director no responde de los trabajos que firman sus autores, aunque sea con pseudónimos.

LA CORRESPONDENCIA AL DIRECTOR



SOL & BENET

IMPRENTA-LITOGRAFIA-LIBRERIA-PAPELERIA

Plaza Berenguer IV LÉRIDA Mayor, núm. 19

Trabajos tipo-litográficos en negro, colores y cromo. & Impresiones usuales para Corporaciones, Comercio y particulares. & Reglamentos, folletos, Obras. & Programas y Carteles para fiestas, ferias y Sociedades recreativas. & Talonarios para recaudación, básculas públicas. & Modelación para Ayuntamientos, Juzgados, Escuelas. & Tarjetas de visita y participaciones. & Listas y cuadernos de jornaleros para obras y trabajos del campo.

Bolsas, envases de papel y envoltorios: Especialidad de la Casa

Obras Científicas y Literarias.--Diccionarios Manuales para la Industria, el Comercio y la Agricultura.

Obras de Administración Municipal

Papeles, sobres, libros rayados, efectos Escritorio.- Inmenso surtido en tarjetas postales